

Los lamellicornios, llamados también *escarabeidos*, constituyen una familia de la que se conocen más de seis mil quinientas especies diseminadas por todo el globo, contando los menos de sus representantes en Australia y los más en el Africa: en Europa existen trescientas ochenta y cinco especies. Además de esta riqueza, á la que, según puede concebirse, hay que añadir una gran variedad en el aspecto exterior, la familia se distingue por su tamaño y por la belleza de las formas, lo mismo que por el brillo de los colores, pues contiene los gigantes entre los coleópteros. No se encuentra tampoco en ninguna familia una diferencia tan grande entre los dos sexos de una misma especie. Los machos difieren no solamente por prominencias en la cabeza, en el escudo collar, ó bien en ambos á un mismo tiempo, sino también en algunos casos por su color y sus contornos, tan esencialmente del otro sexo, que podríamos vacilar en reconocerlos como pertenecientes á una misma especie; lo más raro de todo es que estas diferencias se notan marcadamente en las especies más grandes, disminuyendo y desapareciendo casi del todo cuanto más pequeñas son. Esta ley se manifiesta y rige no solamente para las distintas especies, sino también para los diferentes individuos de una misma especie.

Los lamellicornios observan un régimen alimenticio que siempre está en armonía con sus órganos bucales; los unos buscan su alimento en las materias excrementicias, los otros en las partes fibrosas de las hojas, en la savia de los vegetales ó en el polen de las flores. Estos insectos acostumbran á depositar sus huevos en el seno de la tierra ó en la madera que se halla en estado de descomposición. Los individuos de cierto número de especies dejan oír en algunas ocasiones un ruido bastante fuerte, el cual producen con unas estrías muy finas, diversamente dispuestas y contra las cuales frotan el borde posterior de los élitros.

En cuanto á las larvas, las unas viven en los excrementos de los animales herbívoros; las otras en el seno de la tierra, entre las raíces de los vegetales ó entre los detritus de viejos troncos. En las primeras se verifican las metamorfosis rápidamente; en las segundas varía la duración según el tamaño de la especie, pareciendo que las más pequeñas necesitan por lo menos un año, y las grandes de dos á tres. Es regla general que las ninfas estén encerradas en un capullo, formado por la larva, ó por la hembra, en el momento de poner sus huevos; pero también se notan algunas excepciones en este punto. Estas cubiertas se componen de las substancias mismas que sirven de alimento á las larvas, las cuales mezclan con tierra aquellas especies que son subterráneas.

El género *Lucanus* de esta familia se caracteriza por la forma prolongada del cuerpo, por un gran diente situado delante del centro y una punta bipartida de las maxilas del macho, que sale de la cabeza; esta última es más ancha que el escudo collar, el tallo de las antenas es delgado, en la borla de las antenas se ven de cuatro á seis dientes fijos, el labio superior se arquea hacia abajo, la lengua está muy escotada en la parte interior de la barba y la maxila interior carece de dientes en la mandíbula inferior.

La especie de que nos ocupamos tiene un color negro mate y los élitros y las astas son de un castaño brillante: es uno de los coleópteros más grandes y gruesos de Europa. Desde el labio superior hasta la punta redondeada de los élitros puede medir 0<sup>m</sup>,052 de longitud, que por las astas aumentase en línea recta en 0<sup>m</sup>,022 más. Una hembra de 0<sup>m</sup>,043 tiene ya buen tamaño.

En junio se encuentra este coleóptero en los bosques de encinas, donde por la noche los machos vuelan con fuerte zumbido alrededor de las copas de los árboles, mientras que las hembras están más ocultas. De día pelean á veces debajo

de la hojarasca, descubriendo por el ruido su presencia, ó bien perr necen en los troncos para chupar el jugo. Clop ha hecho un relato interesante sobre el proceder de estos insectos, relato que al mismo tiempo da una prueba de que en ciertas ocasiones se reúnen en gran número. A la sombra de una añosa encina de cierto jardín, en Sondershausen, habíase sentado dicho autor una calurosa tarde del mes de junio de 1863, cuando de pronto llamó su atención un rumor extraño; á poco cayó del árbol un objeto negruzco, que resultó ser un lucano ciervo, y después de buscarle largo rato, el observador le vió subiendo por la áspera corteza. Como el ruido no cesaba, el naturalista fijó sus miradas en la copa del árbol y á una altura de más de cuatro metros vió en el tronco una masa de color pardo. Al cabo de media hora habían caído poco á poco once lucanos ciervos de ambos sexos, y como el ruido continuó, el observador buscó una escala para examinar el extraño fenómeno: entonces se presentó á su vista un cuadro interesante.

En una superficie de unos 0<sup>m</sup>,82 cuadrados la añosa corteza estaba cubierta de jugo, y para recrearse con esta golosina se había reunido una sociedad mixta compuesta de los más diferentes insectos. Grandes hormigas subían y bajaban, gran número de moscas se agolpaban unas contra otras, mientras el abejón rodeaba, zumbando, el tronco. Los huéspedes que más llamaban la atención, tanto por su número como por sus cualidades, eran sin duda los lucanos ciervos, que se contaron en número de veinticuatro, sin incluir los que ya se habían cogido antes. Representaban sin duda el papel más importante en este convite y parecían, á pesar del regalo de la comida, hallarse algo sobrecitados; pues ni los abejones se atrevían á acercarse á los pesados animales como si temieran los efectos de sus poderosas tenazas, guardando al contrario una distancia respetable. Más encarnizadas eran, si cabe, las luchas de los lucanos entre sí, pues dos terceras partes por lo menos disputaban. Como también las hembras intervenían en esta lucha y se habían agarrado con sus tenazas cortas y fuertes, no podía atribuirse la causa á los celos, sino á la codicia del alimento. Muy interesantes eran las luchas de los machos: con sus maxilas sobrepuestas á las del adversario, sobresaliendo del escudo collar de éste, combatían con encarnizamiento hasta que uno de los contendientes, perdiendo la fuerza, daba con su cuerpo en el suelo. En más de una ocasión un individuo hábil logró coger al adversario por el cuerpo y elevando la cabeza dejóle patallar en el aire, precipitándole por fin. El ruido que se dejaba oír era producido por el cerrar de las maxilas; sin embargo, la lucha parecía más furiosa de lo que era en realidad, pues no se observaban heridas, sino ligeros mordiscos de una maxila. Al acercarse el observador hicieron caso omiso de él: los combatientes proseguían su contienda, y los vencedores lamían ávidamente el jugo. Sólo cuando el aliento del observador llegaba á ellos demostraban inquietud; en cambio el más leve ruido, como el crujido de una rama, producía en seguida efecto en toda la reunión; se erguían todos rápidamente y parecían escuchar algún rato. Otro tanto sucedía cuando uno de los caídos se acercaba subiendo desde el fondo; también en este caso se enderezaban los machos, saliendo al encuentro del adversario á un palmo de distancia, con las maxilas preparadas para el combate. Por la noche se alejó poco á poco la mayor parte de los coleópteros, y á las ocho, cuando el observador abandonó el jardín, sólo se oían algunos sonidos desde la altura del árbol.

De una naturaleza mucho más seria que las luchas que acabamos de describir, son las que sostienen los machos por una hembra, según lo demuestran las profundas señales y hasta perforaciones de los élitros de la cabeza ó de las astas de algunos machos. Haaber observó en los alrededores de Praga la furia con que los machos

persiguen á una hembra: sujetando á una de estas últimas, cogió desde las once hasta las doce y media setenta y cinco machos todos de forma pequeña. Los vuelos nocturnos son idénticos á los preparativos para la boda. A fines del citado mes, ó en los primeros días del siguiente, el corto período del celo ha pasado: el apareamiento se ha verificado de noche, y las hembras han depositado sus huevos en la madera putrefacta de las encinas.

Los copris, á cuyo género pertenece el *Copris lunaris*, mencionado por el autor, deben su nombre (del griego *Kopros*, excremento) á los excrementos de los animales, particularmente á los de los mamíferos herbívoros, pues viven en aquéllos, y apresuran su desaparición escarbándolos y dividiéndolos en todos sentidos. En las especies exóticas se nota alguna diferencia respecto á esta costumbre, pues buscan de preferencia las materias animales pútridas. Otras hay, sin embargo, que viven en

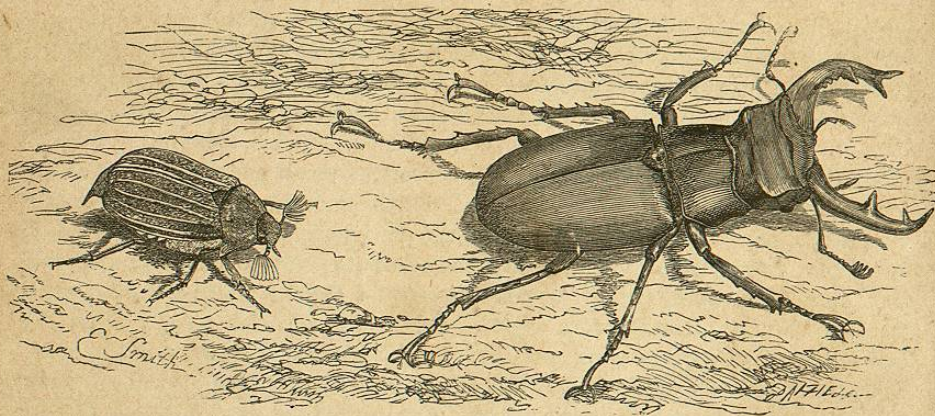


Fig. 689. - Melolonta común.

Fig. 690. - Lucano ciervo.

las aberturas de los árboles, de los cuales recogen la savia en estado de descomposición. Basta examinar la boca de estos insectos para reconocer que no pueden apropiarse sino las partes más blandas de las materias de que se alimentan. En las mismas substancias depositan todos estos insectos sus huevos; pero lo hacen de dos maneras distintas: los unos añaden tan sólo á cada uno de aquéllos cierta cantidad de materia suficiente para el alimento de la larva; los otros encierran el huevo en una bola formada con las mismas substancias y que, consolidada exteriormente por partículas de tierra ó granos de arena, protegerá más tarde á la ninfa hasta su transformación en insecto perfecto. Las especies que construyen estas pelotas estercoleras se dividen en dos categorías, según que dan ó no á estas bolas una forma redondeada, haciéndolas rodar por el suelo, diferencia de costumbres que se traduce exteriormente por ciertas modificaciones en la estructura de las cuatro patas posteriores.

El ateuco sagrado es un coleóptero en extremo interesante, tanto en el concepto biológico como en el arqueológico, coleóptero que habita en todos los países del Mediterráneo y ha representado un papel muy principal en el culto que profesaban á los animales los antiguos egipcios. Estos encontraban en el género de vida y en la forma del coleóptero la imagen del mundo, del sol y del guerrero valiente, de modo que le representaban en sus monumentos y le colocaban esculpido en piedra de colosal tamaño (los llamados *escarabeos*) en sus templos. Eliano dice: «Los co-



1. GÉNERO ATEUCO.—2. G. OMOFRON.—3. G. HIDROBIO.—4. G. OXIPORO.—  
 5. G. LUCANO.—6. G. CINCINDELA.—7. G. EROTILO.—8. G. JULODIS.—9. G. AGRA.—  
 10. G. CRISOFORO.—11. G. FANEO.—12. G. ODACANTO

leópteros (*cantharos* según los llama) son todos de sexo masculino; forman bolas de estiércol, las hacen rodar, y después de incubarlas veintiocho días, salen los hijuelos.» Plinio refiere de ellos: «Hacen enormes pelotas de estiércol, las que empujan atrás con sus patas y depositan en ellas pequeños gusanos (se entiende, los huevos), los que deben producir nuevos coleópteros de su especie; también abrigan las bolas protegiéndolas del frío.» En otro pasaje dice el mismo autor que además de los varios remedios que prescribe la medicina clínica, se emplea también el coleóptero que hace píldoras contra las cuartanas. Tales fueron las ideas pueriles que los antiguos tenían de la historia del desarrollo de un coprófago.

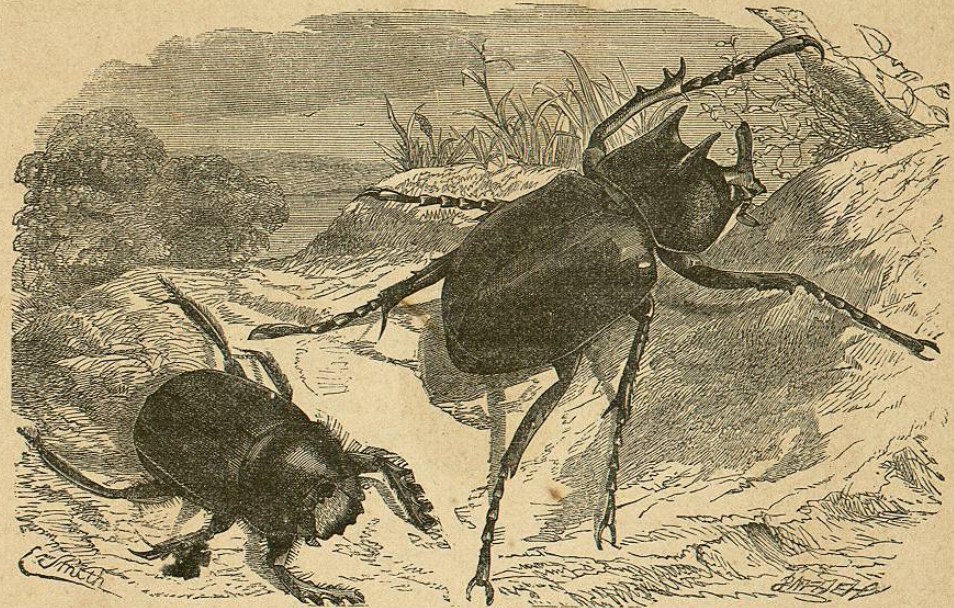


Fig. 691. - Ateuco sagrado.

Fig. 692. - Calcosoma Atlas.

Entre los insectos que tienen la singular costumbre de que hemos hablado al tratar de los copris, el ateuco sagrado es el que más se distingue por su destreza en fabricar las bolas que hace rodar por el suelo, y las forma con las materias excrementicias en las cuales vive. Las hembras depositan en ellas sus huevos, y una vez hecho esto, apresúranse á sepultarlas. Las larvas sufren sus metamorfosis en el interior de estas pelotas, después de haber consumido la parte necesaria para alcanzar su desarrollo. Pocas personas habrá que no hayan notado al pasear por el campo la singular rapidez con que desaparecen en ciertas ocasiones los excrementos animales; y también habrán visto en más de una ocasión á alguno de estos insectos rodando una de sus bolas con singular ligereza. Se ha observado que á pesar de la naturaleza de las substancias que utiliza el insecto para sus trabajos, jamás se adhieren partículas á su cuerpo, el cual ofrece siempre su brillante color negro, sin la menor mancha.

Inútil parece decir que la singular costumbre del ateuco sagrado no deja de ser muy útil al hombre, sobre todo en los países donde no es proverbial la limpieza y aseo de sus habitantes.